

VERDADEROS NEGATIVOS

Weimar Toro R.

Maestro en Composición musical de la Universidad de Antioquia. Ha sido coordinador del Centro Musical Sinfónico de la Fundación Nacional Batuta en Buenaventura. Actualmente es profesor de música en la Escuela Superior Tecnológica de Artes Débora Arango de Envigado en las cátedras de teoría musical y composición. Desde 2018 estudia Filología Hispánica en la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia.

Mientras él observaba al perro de su hermano, yo los miraba a ambos. Hubo un momento en el que sus miradas se chocaron de frente, aparatosamente, y pudimos percibir en el aire el hedor y la acidez del rencor. Él le resistió la mirada, mientras el perro de su hermano cerraba los ojos con lentitud, fingiendo dormirse para evitar el contacto. Había una tensión exagerada en el ambiente. Era como si en cualquier instante fuera a estallar una bomba y todos los que estábamos allí en esa pequeña y oscura habitación nos fuéramos a desintegrar en un polvo más menudo que los átomos. Estábamos tan apiñados que sentíamos el aliento de unos y otros en el cuello hasta el punto de hacernos erectar los pelitos del cuerpo. Moverse significaba sobar a los demás.

Un haz de luz entró por el único agujero que había en el techo de zinc y se posó en la cara de él como una mariposa, iluminándole su estática y morena palidez. Él, que no podía mover ni su cabeza porque no había para dónde, se veía cómodo con el resplandor. El rayo de luz resaltaba el color verde de sus ojos, y si en este momento quisiera describirlos no podría, o mejor, no me atrevería. Es que eran demasiado bellos. Tanto así que parecían herir, de un modo extraño y sutil, la podredumbre y la hediondez en la que estábamos metidos. Por eso creo que el perro de su hermano no soportó mirarlo directamente a los ojos. No era tan tonto el perro ese: hubiera sido como si en un día radiante de aquellos que habíamos disfrutado antes de que nos metieran a este retrete putrefacto, hubiéramos decidido mirar de frente al sol en vez de mirar la preciosidad del valle... El caso es que él estuvo iluminado por ese rayo a la manera en que un actor de teatro es alumbrado por la luz de un reflector y si yo lo hubiera tenido frente a mí, tampoco hubiera sido capaz de mirarlo a los ojos ni tres segundos; seguramente le hubiera sonreído como la damisela que nunca me permití ser con él.

El calor comenzó a descender de las tejas de zinc. Un vapor anguloso e insoportable nos fue hirviendo los sesos poco a poco, y eso me hizo recordar lo que el profesor nos había enseñado hacía poco acerca de los campos de concentración. Me asusté, porque lo más seguro era que terminaríamos de igual manera, o peor aún, con unas botas de caucho nuevas. El colmo: que nos pusieran a estrenar las botas que siempre quisimos y nunca tuvimos, pero sin darnos cuenta, como la abuela cuando le adornamos con rosas la tumba donde están sus huesos, o el ripio de sus huesos, su polvo. Polvo en el que nosotros nos convertiríamos pronto, ya fuera por un

bombazo o por el estallido de ira que a cada segundo se hacía más palpable en el ojiverde iluminado por el reflector de luz natural: no le quitaba los ojos de encima al perro de su hermano, aunque el traidor ese estuviera haciéndose el dormido. ¿Quién podría dormir en una situación así? Nadie. El tormento del calor y la desesperanza enloquecen a cualquiera, sobre todo si la desesperanza y el calor brotan de la sangre. Por culpa del sarnoso ese nos habían descubierto. La tropa del ejército nos había capturado sin razón. Llevábamos dos días encerrados allí sin importar que no éramos parte de su guerra. No éramos nosotros a quienes ellos buscaban, pero ahí estábamos...

Cuando el calor bonaverense ya nos tenía al borde del desmayo, sucedió lo que ya sabíamos que ocurriría: él, que hasta ese momento se había conformado con mirar resentidamente la tranquila respiración del perro de su hermano, pegó un grito horrible, gutural, bramó con todo su cuerpo. Sus bellos ojos se inyectaron de sangre y las venas de sus sienes palpitaron. Se abalanzó sin reserva alguna contra el perro miserable ese. Nadie se inmutó, nadie lo detuvo; ni siquiera el perro de su hermano opuso resistencia. Sí, en la algarabía él logró manchar de sangre a su misma sangre: mató, con la aprobación de todos, al maldito perro de su hermano. Desde afuera el glorioso ejército nacional comenzó a dispararnos sin mente. ■